

Fiesta del Bautismo del Señor (09-01-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Hermanos y hermanas, estamos en la Fiesta del Bautismo, con el cual, comenzamos el Tiempo Ordinario de la vida litúrgica en que caminamos con Jesús, contemplando su camino este año en el Evangelio de Lucas.

El Señor, en el poema del profeta Isaías, nos invita a que miremos a alguien que Él llama “Su Elegido” y a quien Él sostiene, acompaña, fortalece y alienta. Y que es una persona humana que suscita el gozo de Dios, su complacencia, su gusto por su ser y proceder.

¿Por qué le gusta a Dios y se goza con Él? Porque es un siervo, un servidor, un sirviente. Y sus servicios se caracterizan, primero, porque se deja sostener por Dios y depende de Él.

¿Qué le permite a Dios sostener a este siervo? Su Espíritu, el Espíritu de Dios puesto en el ser de este siervo. Israel, en la época de los reyes, había perdido la esperanza de que un rey solucionara sus males e injusticias, sus pecados humanos y sociales. Pero hubo alguien, entre los reyes, que sí estuvo a punto de hacer una verdadera justicia, pero algo grave pasó y no pudo terminar su obra porque fue frustrada por una muerte violenta. Por ello, el profeta canta a esta persona que, sin duda, es una profecía de quién va a ser Jesús. Y por ello, es que relaciona al Espíritu de Dios puesto en este siervo y a la manifestación de la justicia a las naciones.

Por este Espíritu, el Espíritu Santo, la justicia viene a las naciones, no imponiéndose por gritos y violencia, tampoco por amarres y pactos infames a espaldas del pueblo. La justicia, gracias al Espíritu de Dios, se suscita y se implanta con una paciencia reparadora: “No gritará, no voceará en las calles, no clamará. No quebrará la caña un poquito rota, no apagará la mecha de la vela que está desvaneciéndose por la cera líquida que abunda; más bien, con paciencia, hará camino y le pondrá a la caña una venda para que no se siga rompiendo”. Es alguien que nos cuida, y que así, implanta la justicia en la tierra.

El siervo es un trabajador paciente por la justicia y la paz en forma veraz, sin trucos ni mentiras, sin ofrecimientos ilusos, sino realista; pero convencido de que ese esfuerzo es necesario para que haya justicia. Por eso dice que “no vacilará ni se quebrará hasta implantar la justicia en su país”.

Él, es de tal hondura, encarnando su misión y de tal importancia lo que realiza, que es, a la vez, aparentemente insignificante. Y curiosamente, siendo insignificante y sencilla su legislación, la esperan mundialmente todas las naciones, todos los pueblos, inclusive las islas lejanas.

¿Cómo puede en la historia humana haber alguien que haga tanto con tan poco? Se necesita aceptar, para ello, la mano que Dios nos tiende, aceptando la misión que nos encomienda el Señor y dejándonos formar por Él.

¿Qué forma el Señor en su siervo? Forma por su Espíritu, un ser que Él mismo ha de convertirse en “alianza del pueblo”, y solo así será luz de las naciones. Esto no ocurre sólo a este siervo, sino a Jesús, para que todos lleguemos a ser alianza del pueblo, no solamente para hacer alianzas, sino para ser nosotros vivamente una alianza, una unidad

entre todos, testigos de la unidad que Dios quiere en la humanidad, la única que trae luz y paz, que libera de las cárceles, de las opresiones y de las tinieblas.

Por eso, en el Evangelio de Lucas (3, 15-16. 21-22), Jesús comienza su camino como el siervo, realizando paso a paso esta imagen del siervo en Isaías. Cuando el pueblo era bautizado, dice, Jesús *también* fue bautizado. Como dijo el Papa esta mañana: “Jesús comparte la suerte de nosotros, los pecadores, *desciende* hacia nosotros: baja al río como en la historia herida de la humanidad, se sumerge en nuestras aguas para sanarlas y se sumerge con nosotros, entre nosotros. No se eleva por encima de nosotros con el alma desnuda, con los pies desnudos, como el pueblo. No va solo, ni con un grupo de elegidos privilegiados. No: va con el pueblo. Pertenece a aquel pueblo y va con el pueblo a hacerse bautizar con aquel pueblo humilde”. Es decir, hizo como su pueblo, sin estar en la altura, bajándose como su pueblo, sencillo, enlodándose, entropándose. No es un privilegiado por no tener pecado, porque sabemos que no tiene pecado, así lo ha presentado Lucas en el inicio del Evangelio, en la Navidad, Él ha nacido por obra del Espíritu, ha sido engendrado por obra del Espíritu Santo en María. Y, sin embargo, no teniendo pecado, se pone en la fila de los pecadores, del pueblo sencillo, para no aparecer como un privilegiado, sino como un servidor; una cosa que todo creyente, y mucho más, todo dirigente creyente debe hacer y corregir si es que está desviado de ese camino. ¡Nada de privilegios! Sacerdotes, dirigentes de comunidades, católicos en distintas partes, en distintas situaciones, servidores sin privilegios, no impositores, suscitadores del amor de Dios en la historia.

Y dice también el Evangelio de hoy día, que Jesús oraba mientras se bautizaba. ¿Curioso no? Porque, en primer lugar, no tiene pecado y se pone en la cola. Segunda cosa

interesante: Él es el Hijo del Altísimo, pero reza. ¿Por qué reza si Él es Hijo de Dios y es el Hijo del Altísimo? No tendría necesidad de rezar ¿no es cierto? Sin embargo, sí tiene que rezar porque, siendo humano, hay que tomar decisiones; y esas decisiones nos obligan a actualizar nuestra condición de hijos para actuarla efectiva y verdaderamente. Testimoniar significa estar dispuesto al martirio, porque en cada ocasión puede suceder que a la gente no le guste lo que decidimos. Y ¿por qué no le gusta?, porque siempre las soluciones o las decisiones son novedosas, a veces son contra nuestra propia voluntad, pero son las que hay que hacer.

Y por eso, entonces, Él ora, para que en este inicio de camino como lo hace en todo el Evangelio, Jesús ora en momentos cualitativamente importantes. Y como dijo el Papa hoy día también: “oración que no es una vía de escape, la oración no es un rito mágico ni una repetición de cantilenas aprendidas de memoria”, es decir, no ora como una matraca, como un papagayo, que repite, repite, repite. Es una relación íntima de Hijo a Padre que nosotros, que somos bautizados, también hemos de vivir con intimidad. Por eso es muy bonita costumbre que nos enseñaron nuestros padres antiguamente - y que creo que todos debemos hacer - caminar orando siempre, especialmente en los momentos donde el camino se pone difícil. Y eso significa estar abiertos a Dios.

Por esa razón, porque Jesús ora, la oración permite una apertura, un discernimiento que se muestra a través de la apertura de los cielos. Cuando uno tiene una relación íntima con el Señor, madura, porque el Señor lo inspira y uno tiene que obedecer, y simultáneamente, participar en la obediencia con acciones obedientes, creativas e inteligentes. Y por eso, entonces, nos inspira el Señor,

nosotros obedecemos a la inspiración, y antes de eso, se nos “abren los cielos”, es decir, decimos: “¡Eureka, eso era! Ahora hay que hacer esa decisión”. Y uno da pasos en la vida, y así, entonces, no vivimos con “cielos cerrados”, encerrados en nuestros intereses, encerrados en nuestras cosas que a nosotros nos gustaría, encerrados solamente en lo que nosotros queremos, sino disponiendo abiertamente a Dios todo lo que buscamos para que Él lo transforme. Digo esto porque muchas veces, en las confirmaciones, los jóvenes aquí presentes de la vicaría 5, a veces recuerdan la oración del joven: “Señor que todos nuestros sueños se cumplan”. ¡Uy, Dios mío! Si sueño tener millones, llenarme de plata y no me interesan los demás. Tenemos que cambiar la oración: “Señor, te disponemos nuestros sueños para que Tú realices en nosotros tus sueños”. Y eso es lo que está haciendo Jesús, poniéndose a disposición del Señor, y por eso se abren los cielos, se le abre un horizonte nuevo para marchar siempre abierto al Señor caminando y decidiendo en cada paso.

En ese sentido, el Señor tiene una actitud humana, pero profundamente espiritual. El Señor Jesús no es un Ángel, el Señor es el Hijo de Dios encarnado como ser humano, plenamente humano, pero es espiritual, porque, poseyendo el Espíritu de Dios, hace que se pueda caminar según la fuerza de ese Espíritu que está en Él, y que también nosotros hemos recibido en el momento del Bautismo, cuando nos colocan en la coronilla el crisma. A partir de allí, todo nuestro ser es un símbolo y un signo, que significa, para nosotros, que el Espíritu está en nosotros y es cuestión de disponernos permanentemente a Él. Somos espirituales, pero eso significa que no somos ni volátiles, ni abstractos, ni angelotes, somos humanos marcados por el sello del amor

de Dios que no sale con nada, porque impregna y entra en el ser.

En ese sentido, hermanos y hermanas, Jesús, en su camino, nos mostró cuánto estaba presente en Él el Espíritu (y lo vamos a contemplar todo este año en el Evangelio de Lucas). En Jesús hay, dice el texto, 'una dynamis', una fuerza que irradia y que, inclusive, la gente quiere tocarlo y sentir que esa fuerza lo invade. Él ha venido a bautizarnos así, a llenarnos de su Espíritu de tal manera que, más allá de la purificación de nuestros pecados, lo más importante es la gracia que hemos recibido, y que nos llama a actuar en forma obediente, servicial, como la de Jesús, uniendo a nuestro pueblo con docilidad y sin arrogancia.

Y la voz del cielo reafirma que esa fuerza divina que va a acompañar a Jesús toda la vida, incluso, hasta la muerte y muerte de Cruz, las decisiones que Él hace, son decisiones llenas de gracia, llenas de la fuerza dinamizadora del Espíritu que lo hace fiel al Padre, y por lo tanto, nos lo entrega a nosotros para que sigamos el mismo camino en la historia y este mundo pueda encontrar un camino nuevo, una esperanza.

Jesús es mencionado como "el amado". ¡Qué bonito! Porque le dice: Este es mi Hijo, el "David". David significa "el amado", y esto es muy importante, porque está retomando el anuncio de que nacería de la estirpe de David, un salvador, un rey, que sería hijo, al cual Dios corregiría, pero no le retiraría jamás su amor.

Entonces, dice He aquí mi "David". He aquí mis hijos y mis hijas, a quienes amo, para que con este amor realicemos eficazmente aquello que el Espíritu nos inspira y nos manda ser y hacer. Digo eficazmente, porque en todo el texto hay

siempre una realidad concreta, una paloma que representa al Espíritu Santo, pero en forma corpórea, un Jesús que reza y que, en el cántico del siervo, conduce a implantar la justicia a las naciones, hará cosas grandes; y como veremos en la sinagoga de Nazaret, en las próximas celebraciones, es el Espíritu que unge para anunciar la buena noticia a los pobres, levanta al desvalido, ayuda a la gente que está sufriendo injusticias y hace posible un año de gracia, un tiempo de gracia que es el que necesitamos.

Hermanos y hermanas, necesitamos hoy día el consuelo y la fuerza de este siervo sufriente que es Jesús, para que, a través de su forma de vivir entregada, la asumamos nosotros, restablezca todas las heridas con las que estamos viviendo. Y así, entonces, todos llamados a la misma vocación, podamos ayudarnos mutuamente y superar todo lo difícil que es vivir en esta situación en la que estamos.